

todo. Eran raros en él esos momentos de desaliento que los más grandes capitanes han conocido, la víspera misma de la victoria, cuando los hombres y las cosas anuncian su triunfo. Y aquella turbación de una vista poderosa, tan clara de ordinario, procedía de la niebla que se produce á la larga, de ese misterio de las operaciones de Bolsa, á las cuales jamás es posible poner un nombre con seguridad. Ciertamente, Saccard compraba, jugaba. ¿Pero era para clientes verdaderos, era para la sociedad misma? Y acababa por no saberlo, en medio de la chismografía que le llegaba de todas partes. Golpeaban las puertas de su inmenso despacho, todos sus empleados temblaban de su cólera, y acogía á los corredores tan brutalmente, que su acostumbrado desfile se tornaba en galope de derrota.

—¡Ah, sois vos!—dijo Gundermann á la baronesa, sin cortesía ninguna. Hoy no tengo tiempo que perder con las mujeres.

Ella quedó desconcertada hasta el punto de que suprimió todos los preámbulos y soltó de un golpe la noticia que llevaba.

—Si se os probara que el Universal no tiene un céntimo, después de las compras considerables que ha hecho, y que se ve obligado á descontar, en el extranjero, letras, para continuar la campaña, ¿qué diríais?

El judío había reprimido un estremecimiento de alegría. Sus ojos seguían sin expresión, y contestó con la misma voz malhumorada:

—Eso no es verdad.

—¿Cómo que no es verdad? Lo he escuchado con mis oídos, lo he visto con mis ojos.

Y quiso convencerlo, explicándole que había tenido entre sus manos los documentos firmados por testaferros. Nombraba á estos últimos, y decía también los nombres de los banqueros que en Viena, en Francfort, en Berlín habían descontado las letras. Sus corresponsales podrían informarle, ya vería cómo no le traía ningún chisme infundado. Del mismo modo, afirmaba que la sociedad había comprado para sí, con el único objeto de mantener el alza, y que esto se había tragado ya doscientos millones.

Gundermann, que la escuchaba con su aspecto sin expresión, arreglaba ya su campaña del día siguiente, con un trabajo de inteligencia tan pronto, que en algunos segundos ya tenía repartidas sus órdenes y fijadas las cifras. Ahora estaba seguro de la victoria, sabiendo bien de qué inmundicia le venían los informes, lleno de desprecio por aquel Saccard amigo de placeres, estúpido hasta el punto de entregarse á una mujer y dejarse vender.

Cuando la baronesa acabó, levantó él la cabeza, y mirándola con sus ojos apagados:

—¿Y bien, qué quereis que me importe todo eso que me contais?

Ella se quedó sorprendida, hasta tal punto le parecía sin interés y tranquilo.

—Pero me parece que vuestra situación á la baja.....

—¡Yo! ¿Quién os ha dicho que yo estuviera á la baja? Yo no voy nunca á la Bolsa, yo no juego..... ¡Todo eso me es indiferente!

Y en su voz había tal inocencia, que la baronesa, trastornada, asustada, habría acabado por creerlo, sin ciertas inflexiones de una candidez demasiado burlona. Evidentemente se burlaba de ella, con su absoluto desdén, como hombre acabado, sin ningún deseo.

—Así, pues, mi buena amiga, como estoy muy ocupado, si no tenéis nada más interesante que decirme.....

Y la ponía á la puerta. Entonces ella se sublevó.

—He tenido confianza en vos, he hablado la primera..... Esto es una verdadera alevosía..... Me habíais prometido, si yo os era útil, serme útil á vuestra vez, darme un consejo.....

El la interrumpió levantándose. Y aquel hombre que jamás reía, sonrióse ligeramente: de tal modo le divertía aquel brutal engaño hecho á una mujer joven y linda.

—¡Un consejo! ¡Pero si no os lo niego, mi buena amiga!... Escuchadme bien. No juguéis, no juguéis nunca. Esto os hará parecer fea, es muy desagradable una mujer que juega.

Y cuando la baronesa se hubo marchado, fuera de sí, Gundermann se encerró con sus dos hijos y su yerno, distribuyó los papeles, y envió

en seguida á casa de Jacoby y otros agentes de cambio, para preparar el gran golpe del día siguiente. Su plan era sencillo: hacer lo que la prudencia le había impedido arriesgar hasta entonces, en su ignorancia de la verdadera situación del Universal; hundir el mercado bajo ventas enormes, ahora que sabía que aquél había agotado sus recursos y era incapaz de sostener los precios. Iba á hacer avanzar la formidable reserva de sus millones, como general que quiere acabar y á quien sus espías han informado sobre el punto débil del enemigo. Triunfaría la lógica; está condenada toda acción que sube más allá del valor verdadero que representa.

Precisamente aquel día, á cosa de las cinco, Saccard, advertido del peligro por su olfato, se dirigió á casa de Daigremont. Tenía fiebre, sentía que era apremiante dar un golpe á los bajistas, si no se quería dejarse batir definitivamente por ellos. Daba vueltas á su gigantesca idea, el colosal ejército de seiscientos millones por levantar todavía, para la conquista del mundo. Daigremont lo recibió con su acostumbrada amabilidad, en su regio hotel, en medio de sus cuadros de precio, de todo aquel esplendoroso lujo que pagaban, todas las quincenas, las diferencias de Bolsa, sin que se supiera con exactitud lo que hubiera de sólido detrás de aquella decoración, siempre bajo la amenaza de ser arrebatada por un capricho de la suerte. Hasta entonces no había hecho traición al Universal, rehusan-

do vender, afectando mostrar una confianza absoluta, contento con aquella actitud de jugador al alza, de que sacaba, por lo demás, grandes provechos; y hasta se había complacido en no hacer un movimiento, después de la mala liquidación del 15, convencido, decía por todas partes, de que iba á volver el alza, ojo alerta, sin embargo, y dispuesto á pasarse al enemigo al primer síntoma grave. La visita de Saccard, la extraordinaria energía de que daba muestras, la enorme idea que le desenvolvió de recogerlo todo del mercado, le produjeron una verdadera admiración. Aquello era una locura ¿pero qué son con frecuencia, los grandes guerreros y los grandes financieros, sino locos que triunfan? Y prometió formalmente acudir en su socorro, desde la Bolsa del día siguiente: tenía ya fuertes posiciones, iría á casa de Delarocque, su agente, para tomar noticias; sin contar los amigos á quienes iría á ver, una especie de sindicato cuyo refuerzo llevaría. Se podía, según él, calcular en un centenar de millones aquel nuevo cuerpo de ejército, de un empleo inmediato. Esto bastaría. Saccard, radiante, seguro de vencer, formó inmediatamente el plan de la batalla, todo un movimiento envolvente de una rara osadía, copiado de los más grandes capitanes: primero, al principio de la Bolsa, una simple escaramuza para atraer á los bajistas y confiarlos; después, cuando estos hubieran obtenido un primer triunfo, cuando los precios bajaran, la

llegada de Daigremont y de sus amigos con su gruesa artillería, todos aquellos millones inesperados, saliendo de un pliegue del terreno, cogiendo á los bajistas por retaguardia y haciéndoles morder el suelo. Aquello sería una matanza, una carnicería. Los dos hombres se separaron con apretones de manos y risas de triunfo.

Una hora después, cuando Daigremont, que comía fuera, iba á vestirse, recibió otra visita, la de la baronesa Sandorff. En el desarrollo de sus propósitos, ella acababa de tener la inspiración de consultarle. Hubo un momento en que se había dicho que era su querida; pero realmente no había habido entre ellos más que una familiaridad muy libre de hombre á mujer. Ambos eran muy astutos, se adivinaban demasiado, para llegar al engaño de unas relaciones. Contó ella sus temores, la ida á casa de Gundermann, y la respuesta de éste, mintiendo, por otra parte, sobre la fiebre de traición que le había impulsado. Y Daigremont se complació, divirtiéndose, en asustarla más, con aire trastornado, próximo á creer que Gundermann decía la verdad, cuando juraba que no estaba á la baja; porque ¿quién sabe nada jamás? La Bolsa es un verdadero bosque, un bosque en una noche oscura, donde todos andan á tientas. En aquellas tinieblas, si se tiene la desgracia de oír todo lo que se inventa de estúpido ó de contradictorio, se está seguro de romperse la cabeza.

—¿De modo—preguntó ella con ansiedad—que yo no debo vender?

—¡Vender! ¿Por qué? ¡Vaya una locura! Mañana seremos los amos. El Universal volverá á subir á 3100. Y mantenéos firme, suceda lo que quiera: quedaréis contenta del último precio.... No puedo deciros más.

Había partido la baronesa, y Daigremont se vestía al fin, cuando el timbre anunció una nueva visita. ¡Ah, esta no la recibirá! Pero cuando le hubieron entregado la tarjeta de Delarocque, dijo en seguida que le hicieran entrar; y, como el agente, con aspecto muy emocionado, esperara para hablar, despidió á su ayuda de cámara, acabando él mismo de ponerse su corbata blanca, delante de un gran espejo.

—Querido—dijo Delarocque, con su familiaridad de hombre del mismo círculo.—Me recomiendo á vuestra amistad, porque la cosa es bastante delicada..... Imaginaos que Jacoby, mi cuñado, acaba de tener la amabilidad de prevenirme de una jugada que se prepara. En la Bolsa de mañana, Gundermann y los suyos están decididos á hacer saltar el Universal.... Van á echar todo el papel al mercado..... Jacoby tiene ya las órdenes, ha acudido....

—¡Diantre!—dijo simplemente Daigremont, que se había puesto pálido.

—Ya comprenderéis, tengo muy fuertes posiciones al alza comprometidas en mi agencia, ¡sí! por una quincena de millones, lo bastante para

dejar en ello brazos y piernas..... Por eso he tomado un carruaje y voy visitando á mis clientes serios. Esto no es correcto, pero la intención es buena.....

—¡Diantre!—repitió el otro.

—En fin, mi buen amigo, como vos jugáis en descubierto, vengo á rogaros que me cubráis ó cambiéis vuestra posición.

Daigremont dió un grito:

—Cambiadla, cambiadla, querido... ¡Ah, no, eso no! Yo no me quedo en las casas que se hunden; esto es un heroísmo inútil.... ¡No compréis, vended! Tengo en vuestra casa por cerca de tres millones; ¡vended, vendedlo todo!

Y cuando Delarocque salía, diciendo que tenía que ver á otros clientes, Daigremont le cogió las manos y se las estrechó enérgicamente.

—Gracias, no lo olvidaré jamás. ¡Vended, vendedlo todo!

Ya solo, volvió á llamar á su ayuda de cámara, para hacerse arreglar el cabello y la barba. ¡Ah, qué lección! Poco había faltado esta vez para dejarse engañar como un niño. ¡He aquí lo que tenía andar con un loco!

Por la noche comenzó el pánico en el Bolsín de las ocho. Este Bolsín se celebraba entonces en la acera del boulevard de los Italianos, á la entrada del pasaje de la Opera; y no había allí más que el *corro*, operando en medio de una batahola de corredores, de cobradores, de especuladores no muy limpios. Circulaban por allí vendedores

ambulantes; recogedores de puntas de cigarros se metían á cuatro patas por entre los grupos. Aquello era, obstruyendo el boulevard, un amontonamiento obstinado de rebaño que la oleada de los transeúntes arrastraba, separaba, y que se volvía á rehacer siempre. Se estacionaban aquella noche de este modo cerca de dos mil personas, gracias á la dulzura del cielo cubierto de nubes que anunciaban lluvia, después de fríos terribles. El mercado estaba muy animado, se ofrecía Universal en todas partes; los precios caían con rapidez. Bien pronto corrieron rumores, toda una ansiedad naciente. ¿Qué pasaba? Nombrábase á media voz á los vendedores probables, según el corredor que daba la orden ó el individuo del *corro* que la ejecutaba. Puesto que los grandes vendían de aquel modo, seguramente se preparaba algo grave. Y, de las ocho á las diez, aquello fué una confusión, todos los jugadores de olfato cambiaron sus posiciones y hasta hubo compradores que tuvieron tiempo de hacerse vendedores. Fuéronse á acostar atormentados por la fiebre, como en la víspera de grandes batallas.

Al día siguiente el tiempo fué muy malo. Había llovido toda la noche, una lluvia menuda y glacial anegaba la villa, convertida por el deshielo en una cloaca de barro amarillento y líquido. La Bolsa, desde las doce y media, zumbaba en aquel chorrear. La multitud, refugiada bajo el peristilo y en la sala, era enorme; y bien pronto, la sala, con los paraguas mojados que goteaban, se

encontró convertida en un inmenso charco de agua cenagosa. La grasa negra de los muros rezumaba, y del techo de cristales no bajaba más que una luz débil y rojiza, de una desesperada melancolía.

En medio de las malas noticias que corrían, de las historias extraordinarias que trastornaban las cabezas, todas las miradas, desde la puerta, buscaban á Saccard, examinándolo. Él estaba en su puesto, en pié, junto al pilar acostumbrado; y tenía el aire de los demás días, de los días triunfantes, su aire de alegría animosa y de absoluta confianza. No ignoraba que el Universal había bajado trescientos francos la víspera, en el Bolsín de la noche; olfateaba un peligro inmenso, esperaba un furioso asalto de los bajistas; pero su plan de campaña le parecía inatacable, el movimiento envolvente de Daigremont, la llegada imprevista de un ejército fresco de millones, debía arrollarlo todo y asegurarle una vez más la victoria. Se encontraba ya sin recursos; las cajas del Universal estaban vacías, había rebañado en ellas hasta los céntimos; y no desesperaba sin embargo, se había hecho reportar por Mazaud, hasta tal punto lo había conquistado, confiándole el apoyo del sindicato de Daigremont, que el agente, sin ponerse á cubierto, acababa todavía de aceptar órdenes de compra por muchos millones. La táctica convenida entre ellos era de no dejar caer demasiado los precios, al principio de la Bolsa, sostenerlos, pelear, mien-

tras llegaba el ejército de refuerzo. Estaba tan viva la emoción, que Massias y Sabatani, renunciando á astucias inútiles, ahora que la verdadera situación era el objeto de todas las conversaciones, fueron á hablar abiertamente con Saccard, y después corrieron á llevar sus últimas recomendaciones, el uno á Nathansohn, bajo el peristilo, el otro á Mazaud, todavía en el despacho de los agentes de cambio.

Era la una menos diez, y Moser que llegaba, descolorido por un ataque del hígado que no le había dejado cerrar los ojos la noche precedente, hizo notar á Pillerault que todo el mundo, aquel día, estaba amarillo y tenía aspecto enfermizo. Pillerault, á quien la proximidad de las catástrofes hacía erguirse con fanfarronadas de caballero andante, soltó una carcajada.

—Vos sois, querido, quien está enfermo. Todo el mundo está muy alegre. Vamos á armaros una deque quedará memoria para mucho tiempo.

La verdad era que, en la ansiedad general, la sala permanecía sorda, bajo la luz rojiza, y esto flotaba sobre todo en el zumbir debilitado de las voces. Aquello no era la animación febril de los grandes días de alza, la agitación, el rumor de una marea, desbordando por todas partes, invadiéndolo todo. No se corría, no se gritaba, se deslizaban, hablaban bajo, como en la casa de un enfermo. Aunque la multitud era considerable y costaba trabajo circular, alzabase sólo un murmurio lastimero, el cuchicheo de los temores

que corrían, noticias deplorables que se decían al oído. Muchos se callaban, lívidos, contraído el rostro, con ojos espantados que interrogaban desesperadamente á los otros rostros.

—¿No decís nada, Salmon?—preguntó Pillerault con agresiva ironía.

—¡Cáspita!—murmuró Moser—le pasa lo que á los demás, no tiene nada que decir, tiene miedo.

En efecto, aquel día, el silencio de Salmon no inquietaba á nadie, en la espectación profunda y muda de todos.

Alrededor de Saccard se arremolinaba una ola de clientes, temblando de incertidumbre, ávidos de una frase consoladora. Notóse más tarde que Daigremont no asomó por allí, ni tampoco Huret, advertido sin duda, convertido otra vez en el perro fiel de Rougon. Kolb, en medio de un grupo de banqueros, afectaba estar entregado á un gran negocio de arbitraje. El marqués de Bohain, superior á las vicisitudes de la suerte, paseaba tranquilamente su cabeza pálida y aristocrática, seguro de ganar de todos modos, habiendo dado á Jacoby orden de comprar tanto Universal como había encargado á Mazaud vender. Y Saccard, asediado por la muchedumbre de los otros, los creyentes, los cándidos, mostróse especialmente amable y tranquilizador con Sedille y Maugendre, que, con los labios temblorosos y los ojos humedecidos y suplicantes, venteaban la esperanza del triunfo. Estrechóles vigorosamente la mano, poniendo en el apretón

la absoluta promesa de vencer. Y luego, como hombre constantemente dichoso, al abrigo de todo peligro, se lamentó de una pequeñez.

—Estoy afligido. Con estos grandes fríos, han dejado olvidada en mi patio una maceta de camelias, y se han perdido.

La frase corrió, apiadábanse de las camelias. ¡Qué hombre, aquel Saccard, siempre confiado é impasible, el rostro siempre sonriente, sin que se pudiera saber si esto no era más que una máscara para ocultar las atroces preocupaciones que habrían torturado á cualquier otro!

—¡Qué valiente!—murmuró Jantrou al oído de Massias, que llegaba otra vez.

Precisamente en aquel momento, Saccard llamaba á Jantrou, invadido por un recuerdo en aquel supremo instante, acordándose de la tarde en que con este mismo había visto el cupé de la baronesa Sardoff, parado en la calle Brongniart. ¿Estaría también allí, aquel día de crisis? ¿Acaso el cochero, en lo alto del pescante, estaría inmóvil como una piedra bajo la lluvia que caía, mientras la baronesa, detrás de los cristales subidos, esperaba los precios?

—Seguramente, allí está—respondió Jantrou á media voz—y con vos de todo corazón, decidida á no retroceder un paso... Todos estamos aquí, firmes en nuestro puesto.

Saccard quedó contento de aquella fidelidad, aunque dudaba de su desinterés. Por otra parte, en la ceguera de su fiebre, creía aún marchar

á la conquista, con todo su pueblo de accionistas detrás de sí, aquel pueblo de altos y de humildes, seducido, fanatizado, las grandes damas mezcladas con las criadas, en un mismo impulso de fe.

Al fin sonó el repique de la campana, pasando como un toque de rebato sobre la ola alborotada de las cabezas. Y Mazaud, que daba órdenes á Flóry, volvió vivamente hacia el *parquet*, mientras que el joven empleado se precipitaba al telégrafo, muy intranquilo por sí mismo; porque, en pérdidas hacía algún tiempo, obstinándose en seguir la fortuna del Universal, arriesgaba aquel día un golpe decisivo, fiado en la noticia de la intervención de Daigremont, sorprendida en la agencia, detrás de una puerta. El *parquet* estaba tan lleno de ansiedad como la sala, los agentes sentían muy bien, después de la última liquidación, temblar el suelo bajo sus plantas, en medio de síntomas tan graves, que su experiencia se alarmaba. Habían ocurrido ya derrumbamientos parciales; el mercado estenuado, excesivamente cargado, se agrietaba por todas partes. ¿Iba á producirse uno de esos grandes cataclismos, que con seguridad vienen cada diez ó quince años, unas de esas crisis mortales del juego en estado de fiebre aguda, que diezma la Bolsa y la barre con un viento de muerte? En la renta, en el contado, los gritos parecían ahogarse, el atropellamiento se hacía más rudo, dominado por las altas siluetas negras de los *cotizadores*, que esperaban

con la pluma entre los dedos. E, inmediatamente, Mazaud, que apretaba con las manos la barandilla de terciopelo rojo, oyó á Jacoby gritar desde el otro lado del canastillo, con su voz profunda:

—Tengo Universal..... A 2.800, tengo Universal....

Era el último precio del Bolsín de la víspera, y, para contener en seguida la baja, creyó prudente tomar á este precio. Alzóse su voz aguda y dominó á las demás:

—A 2.800, tomo Universal.... Enviad trescientos.

De este modo quedó fijado el primer precio. Pero le fué imposible mantenerlo. Las ofertas afluían de todas partes. Luchó desesperadamente durante una media hora, sin otro resultado que moderar la caída. Sorprendiale no ser sostenido por el *corro*. ¿Qué hacía, pues, Nathansohn, de quien esperaba órdenes de compra? Sólo más tarde supo la diestra táctica de éste, que, mientras compraba para Saccard, vendía por su propia cuenta, advertido de la verdadera situación por su olfato de judío. Massias, muy comprometido él mismo como comprador, acudió, sofocado, á comunicar la derrota del *corro* á Mazaud, que perdió la cabeza y quemó sus últimos cartuchos, soltando de un golpe las órdenes que se reservaba para ir escalonándolas hasta la llegada de los refuerzos. Esto hizo subir un poco los precios: de 2.500, llegaron á 2.650, enloqueci-

dos, con los saltos bruscos de los días de tempestad; y, todavía por un instante, tuvieron esperanza sin límites Mazaud, Saccard, y todos los que estaban en el secreto del plan de batalla. Puesto que subía ya ahora, la jornada estaba ganada, la victoria sería fulminante cuando desembocara la reserva sobre el flanco de los bajistas y cambiara su retroceso en espantosa derrota. Prodióse un movimiento de profunda alegría: Sedille y Maugendre habrían besado las manos á Saccard, Kolb se acercó, mientras que Jantrou desaparecía corriendo á llevar en el mismo momento la buena noticia á la baronesa Sandorff. Y vióse entonces al pequeño Flory, radiante, buscar por todas partes á Sabatani, que le servía ahora de intermediario, para darle una nueva orden de compra.

Pero acababan de dar las dos, y Mazaud, que sostenía todo el peso del ataque, flojeaba de nuevo. Aumentaba su sorpresa por el retardo de los refuerzos. Ya era hora; ¿á qué esperaban para sacarlo de la posición insostenible en que iba perdiendo las fuerzas? Aunque por dignidad profesional mostraba un rostro impasible, sentía que le subía á las mejillas un gran frío, y temía palidecer. Jacoby seguía lanzándole, por paquetes metódicos, sus ofertas, que él dejaba de aceptar. Y ya no era á éste á quien miraba, sino á Delarocque, el agente de Daigremont, cuyo silencio no comprendía. Grueso y rechoncho, con su barba roja, el aire satisfecho y sonriente al

recuerdo de una cena de la víspera, éste seguía tranquilo, en su inexplicable espera. ¿Es que no iba á recoger todas aquellas ofertas, á salvarlo todo, con las órdenes de compra de que debían estar llenas las tarjetas que tenía en la mano?

De pronto, con su voz gutural, ligeramente enronquecida, Delarocque se lanzó á la lucha.

—Tengo Universal..... Tengo Universal.....

Y, en pocos minutos, ofreció por muchos millones. Algunas voces le contestaban. Los precios se venían abajo.

—Tengo á 2.400..... Tengo á 2.300..... ¿Cuánto?... Quinientos, seiscientos..... ¡Enviad!

¿Pero qué es lo que aquel hombre decía? ¿Qué pasaba? En vez de los esperados socorros, era un nuevo ejército enemigo lo que salía de los bosques vecinos. Como en Waterloo, Grouchy no llegaba, y la traición acababa la derrota. Ante aquellas masas compactas y frescas de vendedores, que acudían á paso de carga, prodújose un pánico espantoso.

En aquel segundo, Mazaud sintió pasar la muerte sobre su cabeza. Había reportado á Saccard por sumas demasiado considerables, y vió claramente que el Universal lo aplastaba al hundirse. Pero su simpático rostro moreno, de fino bigote, permaneció impenetrable y bravo. Compró todavía, agotó las órdenes que había recibido con su voz cantante de joven gallo, aguda como en la victoria. Y, enfrente de él, sus adversarios, Jacoby mugidor, Delarocque apoplético

á pesar de su esfuerzo por aparecer indiferentes, mostraban más inquietud, porque lo veían en gran peligro, y ¿les pagaría, si saltaba? Sus manos apretaban el terciopelo de la barandilla, sus voces seguían gritando, como mecánicamente, por hábito de oficio, mientras que, en sus miradas fijas, cambiábase toda la horrible angustia del drama del dinero.

Entonces, durante la última media hora, aquello fué la catástrofe, la derrota agravándose y arrastrando á la multitud en un desenfadado galope. Después de la extrema confianza, del ciego apasionamiento, llegaba la reacción del miedo, y todos se atropellaban por vender, si todavía era tiempo. Un chaparrón de órdenes de venta cayó sobre el *parquet*, no se veía más que llover tarjetas; y aquellos paquetes de títulos, lanzados así sin prudencia, aceleraban la baja, un verdadero derrumbamiento. Los precios, de caída en caída, bajaron á 1.500, á 1.200, á 900. Ya no había compradores, la llanura estaba cubierta de cadáveres. Por encima del sombrío hormigueo de las levitas, los tres *cotizadores* parecían ser escribanos mortuorios, que registraban defunciones. Por un efecto singular del viento de desastre que atravesaba la sala, la agitación se había fijado allí, allí moría el estrépito, como en el estupor de una gran catástrofe. Reinó un silencio espantoso, cuando, después del toque de clausura, fué conocido el último precio: 830 francos. Y la lluvia tenaz seguía chorreando por